

EL PRIMERO Y EL MAS ACREDITADO. 18 AÑOS DE GRAN EXITO.

Cura los callos y durezas **6 reales** frasco. **CALLICIDA ESCRIVA.** Calma el dolor y siguiendo las instrucciones se obtiene una curacion radical.—Aplicacion sencillísima.—No mancha ni es corrosivo, como muchos de sus similares.—Desechad las imitaciones.—Se vende en la farmacia de su autor, calle de Fernando VII, n.º 7, y en todas las principales de España y América.

* Para **Sevilla**, con escalas en **Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz y Huelva**.—Saldrá de este puerto, el dia 11, á las diez de la mañana, el vapor español «Aznalfarache», capitán D. Guillermo Fernandes, admitiendo carga y pasajeros para dichos puntos.

Consignatarios Sres. Busanya y C.ª, Plaza Mediuaceli, 1, bajos.

PAZ EN LA TIERRA.

Sabida es la resonancia del Mensaje que el Czar de Rusia ha dirigido á las potencias sobre una especie de desarme general. Si la idea hubiera sido lanzada una vez mas (porque ya lo ha sido muchísimas) por algun Congreso de amigos de la paz universal ó alguna publicacion mas ó menos acreditada, los que hubieran llegado á enterarse de ella habrian sonreido benévola ó desdeñosamente, pasando en seguida á otro asunto; porque eso de la paz universal es algo como el movimiento continuo, la cuadratura del círculo, la piedra filosofal y otras hipótesis por el estilo, perpetuamente abandonadas á las generosas lucubraciones de los espíritus sencillos.

Pero el Czar de Rusia no es un espíritu sencillo que se balancee solitario en el mundo de las hipótesis: es el Soberano del Imperio mas grande de Europa y de uno de los mas grandes de la tierra, que tiene en pié de guerra millones de hombres y que, por consiguiente, cuando habla de cosa tan importante como un desarme general parece que no debe hablar en vano.

Por esto la prensa de todas las naciones se ha ocupado en el Mensaje. Y lo que han manifestado los periódicos, ya lo saben nuestros lectores, ó si no lo saben pueden figurárselo: los rusos han puesto en las nubes la idea de su Soberano; los de la triple alianza tambien la han aplaudido con entusiasmo por aquello de: «á enemigo que huye, puente de plata»; los ingleses han manifestado cierto recelo de que se les quiera mermar un poder naval que tanto les cuesta y tanto necesitan para su seguridad interior y sus empresas coloniales, y los franceses, un poco desconcertados por esa estraña *revanche* que les ofrece su poderoso aliado, han dicho que en todo caso entendían que á tan laudable idea debía preceder el restablecimiento de la justicia internacional, la cual para ellos consiste en la devolucion de la Alsacia y la Lorena.

Esas respectivas manifestaciones de la opinion de Europa, ni son nuevas ni siquiera son interesantes. De modo que si Nicolás II no se hubiera propuesto otra cosa que provocarlas para averiguar si habia llegado espontáneamente el reinado de la paz sobre la tierra, habria perdido lastimosamente el tiempo y, peor que eso, habria hecho un gran mal á la literatura periodística ofreciendo ese gran pretexto para decir trivialidades, tentacion constante de millares de plumas y de inteligencias ociosas que acechan las ocasiones de discurrir sobre las cosas grandes, precisamente por su incapacidad de trabajar en las pequeñas.

No es creible que el Czar de todas las Rusias haya incurrido en aquella estrepitosa candidez, ni que haya querido procurarse esta triste diversion. Si la idea que él ha lanzado la hubiera lanzado Guillermo II de Alemania la cosa no daría mucho que pensar, porque ya sabe Europa que el Emperador alemán tiene genialidades, en el sentido mas elevado y en el menos elevado de la palabra. Pero el Czar, joven como es, en su corto reinado ha dado pruebas de una seriedad, una circunspeccion y, sobre todo, de un espíritu práctico que no se aviene con las apariencias de utopia de su actual proyecto.

Claro es que él no propone la paz universal en seco. Propone una Conferencia de las naciones para establecer un límite al desaforado aumento de armamentos

que, en prevision de esa gran conflagracion europea constantemente temida y que nunca acaba de estallar, agobia á los pueblos imponiéndoles enormes sacrificios y estancando sus manantiales de prosperidad y de progreso en cuarteles y parques y arsenales y fortalezas. Propone, como si dijéramos, una tasa al poder militar de las naciones, de modo que cada una tenga un ejército y un armamento proporcionado á sus medios, á su estension y á sus intereses, y que, sabiendo que todas se hallan en igual situacion relativa, ni haya de recelar por su defensa, ni sacrifique á ella su bienestar y su normal desarrollo.

Si en esto fuera posible la avenencia, la idea, llevada hasta su última espresion, podria dar por resultado el que toda guerra posible se redujera á una lucha de *horacios y curiacios*, á una especie de torneo en campo cerrado..... y esto es casi tan utópico como la paz universal.

Pero no incurramos en el mismo vicio de trivialidad y de ligereza que criticamos en los demás; antes esforcémonos en creer que cuando el Emperador de Rusia se ha decidido á proponer una cosa tan trascendental y hasta tan peligrosa como una Conferencia de naciones para un fin tan grande, lo habrá hecho con su cuenta y razon, teniendo ya descontadas todas las vulgares objeciones de la opinion y de la prensa, consultados tal vez los gobiernos de los Estados convocados, y quién sabe si formulado el programa de los problemas que forzosamente han de plantearse, y hasta prevista su resolucion posible.

Mientras no se sepa algo de ello, todo será hablar en vano, y mas valiera callar si no fuera por el deber que en cierto modo tiene todo periódico de señalar la aparicion de hechos que se anuncian tan trascendentales como éste.

Y ya que tenemos la pluma en la mano, diremos algo sobre el fondo de la cuestion que ahora se agita, prescindiendo del rumbo que pueda tomar en la Conferencia proyectada. Nos parece que, no la paz universal y completa, que no es de este mundo, pero sí un natural equilibrio de las naciones, que aleje la inminencia de la guerra, debe basarse: ó en la superioridad evidente, abrumadora, de un gran Estado cuya omnipotencia anule todo estímulo de lucha en los demás (y no es éste el caso presente); ó en todo lo contrario, en la desmembracion de las actuales potencias europeas constituidas por la guerra y para la guerra, formándose en su lugar pequeños Estados autónomos de las nacionalidades que se agitan en su seno mal avenidas con aquellas grandes unidades ficticias. En Austria, en Alemania, en las mismas Rusia, Inglaterra y Francia, tan unas aparentemente, en España, en Italia, bullen inquietas esas pequeñas nacionalidades, arrastradas ahora en la órbita de implacable ambicion de los Estados que las contienen, y que abandonadas á sí mismas, á la libre expansion de su energia, de su vocacion y de sus afinidades naturales ó electivas, poderosas para la paz, ineptas en su pequeñez para la guerra y para los sueños de conquista, podrían dar á Europa por mucho tiempo un equilibrio estable que ahora buscan en vano los grandes Soberanos, echando cada uno á su vez y en progresion terrible sus súbditos y sus cañones en los platillos de la balanza enorme.

Nosotros vemos iniciada ya con toda claridad esa corriente, aunque no incurrimos en la puerilidad de creer que haya de producir todos sus efectos en pocos años, ni que estos efectos puedan ser obra de una Conferencia internacional. Sin embargo, mucho podria hacer ésta para preparar y aproximar de un buen trecho un porvenir semejante.

La reunion de una Conferencia internacional, con fines tan vagamente señalados, al día siguiente de la muerte de Bismark, ese gran constructor de imperios, es ya como un símbolo preñado de presagios. ¡Quiera Dios que éstos no sean los de la calma que precede siempre á las mas terribles tempestades!

J. MARAGALL.

REVISTA DE PARÍS.

No he de hablar á mis lectores de los incidentes tristes y dolorosos que han conmovido á París, puesto que pertenecen á dominio distinto del mio; pero no puedo ocultar que dan un aspecto sombrío á la crónica y que son causa de inquietud evidente en el movimiento habitual de la vida parisiense.